

Editorial

El niño también tiene la palabra

En Colombia, un país convulsionado y ahogado por los actos violentos de diferentes actores, tipos, orígenes y magnitudes, la constante invocación al diálogo se ha convertido en el "pan nuestro" de cada día. Se lo ha revivido como un medio para dirimir diferencias y concertar acciones, es decir, como un mecanismo de pacificación y un paso necesario para la convivencia con tolerancia. Y es que el diálogo se cimienta en el lenguaje, la palabra, esta facultad exclusivamente humana y "mágica" que permite representar la realidad, transmitir la cultura y los conocimientos, expresar pensamientos, necesidades, sentimientos e incluso frustraciones. Pero el diálogo también implica la capacidad de escuchar para poder analizar, comprender y pensar en todo aquello que por medio del lenguaje los demás quieren expresar y así, formar un vínculo comunicativo de entendimiento.

Generalmente, estas invocaciones a la utilización del diálogo, es decir, al uso de la palabra, se circunscriben a las crisis y conflictos del "mundo del adulto", y pocas veces se dirige al "mundo de los niños", como si en ellos esta estrategia no fuera necesaria o posible para dirigir, corregir o para resolver conflictos familiares y sociales. En su lugar, son muchas las veces en las que se sustituye, durante la crianza de los hijos, el diálogo por los actos acompañados de la fuerza para justificar la obediencia ciega, el "buen comportamiento", el orden familiar, entre otras cosas, sin pensar que lo que se reproduce, en parte, es el modelo actual de relación política y social, del que tantas quejas hay.

Cuando el derecho a la palabra, como medio de comunicación, se les vulnera o suprime a los miembros de una sociedad, familia e incluso al niño, casi siempre surge la acción o el acto violento como mecanismo de expresión de la agresión ante la frustración provocada por el no poder decir. En otras palabras, se retorna a un estado primitivo propio de los orígenes de la civilización e incluso del desarrollo infantil, en el que la acción, como forma de entendimiento, precede a la aparición y uso del lenguaje.

En una crianza humanizada, una facultad tan humana como el lenguaje debe ser uno de los instrumentos que los padres tienen que considerar en la relación con sus hijos, para la transmisión de la cultura y conocimientos, la interiorización de normas y valores adecuados, para corregir sus acciones y orientar su desarrollo individual y la conciencia social. Pero, además, el lenguaje reflejado en un diálogo abierto y tolerante, debe ser utilizado para comprender el “mundo infantil”, sus fantasías, deseos y temores y obtener explicaciones de sus comportamientos, es decir, favorecer el derecho de todo niño a ser escuchado sin sanciones.

Juan Carlos Rodríguez Barrera

El lenguaje más que a, e, i, o, u **La comunicación mediante la estimulación**

Liliana Zuliani Arango
Neuropsiquiatra infantil
Docente U. de A.

El lenguaje es la habilidad que posee el ser humano para comunicarse con otros y consigo mismo por medio de símbolos verbales y acústicos.

Desde que el niño se encuentra en el útero materno se trata de comunicar con la madre mediante movimientos, a veces constantes, cuando está contento y, otras veces ocasionales, cuando está triste o está dormido. Es importante que la madre conozca esto para que se comuniquen con su hijo durante la gestación.

El desarrollo del lenguaje de una persona se divide en un período prelingüístico y uno lingüístico.

El período prelingüístico ocurre desde el nacimiento hasta los nueve meses de edad. En este lapso, la principal forma de comunicación del niño es el llanto; es la forma de decir que necesita a sus padres porque tiene hambre, frío, se siente solo, etcétera. La madre o el padre deben tratar de responder lo más pronto posible para tranquilizarle y hacerle saber que ellos le escuchan. A medida que el niño va creciendo, conoce otras formas de comunicarse, como la sonrisa, la mirada, el tacto y la succión, entre otras.

En este período, el niño tiene, en los primeros meses, un balbuceo con el que ya es capaz de hacer discriminaciones de fonemas como *gugugu-gogogo-dadeda*, y al llanto o a la risa le puede poner una sílaba; de allí, que sea fundamental que los padres estén atentos a esta forma de comunicación para que el niño se sienta escuchado. De igual manera, se le debe abrazar, cantarle, sonreírle y hablarle, repitiéndole los sonidos o ruidos que él hace: la comprensión, atención y entendimiento son los elementos básicos para lograr un buen desarrollo del lenguaje.

En el sexto mes comienza el *laleo*, que es un juego vocal sonoro para el niño — *bababa-tetete-papapa-mamama*—; el *laleo* se puede perder si el niño tiene una disminución auditiva, lo que es una advertencia para buscar ayuda profesional. En esta etapa, el niño necesita mucha estimulación, porque trata de imitar todos los sonidos, para conocerlos y más tarde darles significado.

En el período lingüístico, el niño debe pasar por algunas etapas que se relacionan con la edad.

Etapa I: va desde los 9 a los 18 meses. El niño reconoce y responde a su nombre y sabe que es el sí y el no, comienza a utilizar el lenguaje para establecer y mantener

contacto con las personas que se relaciona, dice adiós con la mano, expresa sus primeras palabras con sentido, como papá, mamá, tete, tata, nana y entiende órdenes sencillas como dar y recibir.

En la formación del lenguaje no sólo participa el oído, sino otras partes del cuerpo como la lengua, los músculos de la cara, el paladar, y funciones como la deglución y la respiración; todo esto se debe coordinar bien para que el niño comience a hablar en forma clara. Los niños con alguna alteración en estas partes se les dificultará la adquisición del lenguaje. Por ello es importante enseñarle a masticar, a deglutir su saliva, a soplar, a que dé besos, a inflar cachetes; todo esto se hace en forma de juego o de caricias para que el niño lo haga más cómodamente y con alegría.

Etapa II: va de los 18 a los 24 meses. En este período hay enriquecimiento del lenguaje; el niño comienza a explorar el nuevo ambiente, a conocer nuevos nombres, a reconocer y señalar partes del cuerpo y prendas de vestir. Algunos niños comienzan a formar frases de dos palabras, como mamá tete, mamá no, mamá vamos; el lenguaje se convierte en un medio para hablar con compañeros de juego, facilitando la socialización.

Etapa III: va de los 2 a los 3 años. Es una etapa egocéntrica, en la cual el niño piensa que es el centro del mundo; hace monólogos, puede quedarse solo y hablar por largo rato, cambia constantemente de tema por falta de concentración, imita el sonido de los animales, es capaz de decir la edad que tiene y repetir algunos números e intenta decir su nombre; por ello es importante llamarlo por el nombre para que se identifique con éste. Hace frases de tres o más palabras y tiene un vocabulario más rico, reconoce objetos por su uso, por ejemplo: ¿qué abre la puerta?, la llave; ¿con qué me peino?, cepillo. Además, es capaz de solucionar pequeños problemas, como salir de la silla en la mesa, si necesita un vaso va por él y busca los juguetes en una caja, entre otros.

Etapa IV: va de los 3 a los 7 años. El niño usa frases sencillas pero completas, tiene un vocabulario mucho más amplio, dice bien su nombre, utiliza las fórmulas sociales, como buenos días, gracias, adiós, por favor, entre otras. De 3 a 5 años se puede observar una tartamudez fisiológica que es normal y no debe preocupar a los adultos, los cuales no deben regañar al niño por ésta, ni producirle complejos. Si después de los cinco años persiste, se debe consultar con un profesional.

En la mitad de esta etapa comienza la articulación del fonema *r*; al principio, el niño puede no decirlo claramente, por lo cual se le puede ayudar con ejercicios de movimientos de la lengua arriba y abajo, hacia los lados, adentro y afuera, para que lentamente vaya adquiriendo dicha articulación. También comienza a pronunciar fonemas combinados, como */gl/*, */bl/*, */pl/*, */fl/*, */br/*, */gr/*, */ue/*, */ua/*, */ei/*.

En esta etapa, el niño puede narrar y contar lo que hizo en la escuela o en la casa, es capaz de aprender una pequeña canción infantil y se le debe entender bien lo que dice. Al final de esta fase debe ya articular bien el fonema *r* y algunos combinados, comienza la */rr/*, tiene conciencia de su pensamiento, puede narrar, describir, dar

razones largas y puede comprender diferentes contextos y hacer juicios sobre frases correctas o incorrectas.

Etapas V: después de los siete años. El niño debe haber adquirido un lenguaje completo, con buena articulación, buena comprensión y buena entonación.

Hasta aquí se ha expuesto sobre cada una de las etapas del lenguaje; ahora se explicará cómo estimular adecuadamente al niño para que logre un buen desarrollo de éste, sin obligarlo a que hable rápido ni como los adultos quieren, sino como él es capaz.

La estimulación se debe llevar a cabo como si se estuviera jugando con el niño; se aprovechan los momentos en que colabora y se siente bien, sin interrumpir una actividad para estimularlo.

A continuación, se enumeran algunas recomendaciones para los padres:

1. Hablarle en forma clara —sin voz aniñada—, despacio, con ternura, con frases cortas, de frente al niño, demostrándole afecto con sus palabras.
2. Procurar que los miembros de la familia colaboren en la estimulación, hablándole, mostrándole objetos, sacándolo a pasear, haciendo sonar diferentes objetos, entre otras acciones.
3. Coger las manos del niño y ponerlas en la cara de la madre o del padre para que cuando ella o él hablen, sienta la vibración.
4. Llamarlo siempre por su nombre, lo mismo al papá y a la mamá, para que el niño aprenda también los nombres propios.
5. Enseñarle a masticar bien, a deglutir, a soplar, a tirar besos, a inflar cachetes, a chupar con pitillo y a jugar con la lengua.
6. Aprovechar todas las actividades diarias, como el baño, vestirlo, la comida, cocinar, etcétera, para enseñarle el nombre de las cosas, mostrándole para qué sirven. También se le debe ayudar a reconocer las partes del cuerpo y las prendas de vestir.
7. Mostrarle diferentes animales y enseñarle poco a poco cómo se llaman y cómo se comunican; ejemplo: el gato “miau, miau”, el perro “guau, guau”, la vaca “muu, muu”, etcétera.
8. Ponerle música para que baile y cante, llevando el ritmo con las manos. Enseñarle cuentos y oraciones.
9. Enseñarle conceptos como grande, mediano, pequeño, redondo, cuadrado y los colores; mostrarle revistas y dibujos, diciéndole el nombre de las cosas y las cualidades. Lo anterior con mucha paciencia, procurando que el niño repita.
10. No adivinarle al niño sus deseos, sin dejarlo que intente expresarlos.

Cada progreso del niño es muy importante y por menor que sea, hágaselo saber con frases como “muy bien, te felicito, ánimo”. Recuerde que cada niño es único y aprende de acuerdo con su capacidad.

Si se disfruta cada uno de estos momentos del niño, cada palabra, cada gesto, cada sonrisa, no sólo se estarán construyendo los recuerdos de su futuro, sino que se le estará brindando la oportunidad de ser un niño feliz y sano. Siga su corazón de mamá o de papá y deje que él le hable; su niño puede ser el resultado de eso que escucha y de eso que aprende. Si se estimula adecuadamente, se le permitirá comunicarse con el mundo y ser un hombre o una mujer socialmente activos.

Lecturas Recomendadas

Restrepo R, Lugo LE. *Rehabilitación en salud*. Medellín, U. de A., 1995, pp 677-690.

Lalinde MI y otros. *Manual de Salud Integral para la Infancia. SIPI*. Medellín, Colina, 1994.

Corporación Síndrome de Down. *Pequeños pasos, programa de estimulación adecuada*. Santafé de Bogotá, Printed, 1989.